

Richard Rorty / Un filósofo pragmático

ALGUIEN SE DIRIGE AL PRÓJIMO PORQUE SE BUSCA A SÍ MISMO, OTRO LO HACE PORQUE QUIERE OLVIDARSE DE SÍ. VUESTRO MAL AMOR DE VOSOTROS MISMOS HACE DE VUESTRA SOLEDAD UNA PRISIÓN. SON LOS ALEJADOS LOS QUE PAGAN VUESTRO AMOR AL PRÓXIMO; Y CUANDO NO SOIS MÁS DE CINCO, SIEMPRE HACÉIS MORIR AL SEXTO. YO NO LES ENSEÑO EL PRÓJIMO SINO EL AMIGO. *Zaratustra*

En una obra que fue muy debatida hace algunos años en Norteamérica - **El cierre de la mente moderna-**, Allan Bloom, el más conocido de los discípulos del notable filósofo de la política Leo Strauss, presentaba al pensamiento nietzscheano y a la "izquierda nietzscheanizada" de las universidades norteamericanas como el mayor de los peligros que amenazaba a la democracia norteamericana. Como el Nietzsche que yo admiro radica justamente en su aproximación cuasi-pragmático a la verdad y al conocimiento, lo que me parece totalmente independiente de su política anticristiana y antidemocrática, la presentación de Bloom me pareció un poco falaz.

Lo que me parece más endeble en el Nietzsche de Bloom, es que su Nietzsche cree en la importancia de la filosofía para la historia política. Al igual que Heidegger y Strauss, este Nietzsche piensa que las ideas filosóficas desempeñan un papel decisivo en el destino de los pueblos. Bloom expone las ideas de su Nietzsche sobre este tema en el siguiente pasaje: "La crisis de Occidente es inédita en tanto es, en el fondo, una crisis de la filosofía. La lectura de Tucídides nos muestra que la decadencia de Grecia fue puramente política, que lo que nosotros llamamos la historia intelectual tiene poca importancia para comprender tal declinación. Los antiguos regímenes tenían raíces tradicionales, pero la filosofía y la ciencia se han convertido en los nuevos dueños de la modernidad y los problemas puramente teóricos tiene efectos políticos decisivos. No podríamos imaginar la historia política moderna sin una discusión de Locke, de Rousseau y de Marx. La inverosimilitud y la decrepitud teóricas están, como todos sabemos, en el núcleo de la enfermedad de la Unión Soviética. Y el Mundo Libre no se queda muy atrás."

Después de haber atribuido este punto de vista a Nietzsche, Bloom intenta justificarlo al explicar que "Nietzsche es el más profundo, el

más claro y el más poderoso diagnosticador de la enfermedad". A lo largo de su libro, Bloom ve en las ideas filosóficas las causas eficientes lejanas de los sucesos políticos. Termina su libro diciendo que el destino de la filosofía y el de la libertad están unidos "como jamás lo habían estado antes".

Como Strauss, cuando Bloom emplea la palabra "filosofía", no entiende por ella la "gran cultura" ni las "ideas generales", sino algo muy estrechamente circunscripto. Emplea la palabra para designar la discusión de las cuestiones que revelaron y debatieron Platón y Aristóteles: clásicos tópicos de nuestros manuales, artículos de un diccionario de Filosofía. Considera filósofos serios a Nietzsche y Heidegger porque ellos piensan que, a diferencia de aficionados incultos como Rawls y Wittgenstein, toman al pie de la letra las cuestiones griegas, o, al menos la mayor parte de ellas, aun cuando la mayoría de las veces proporcionan, naturalmente, malas respuestas. Después de todo, según Bloom, el destino de la libertad humana depende de nuestra capacidad para hacer seguir las buenas respuestas.

En el esbozo de Bloom, Norteamérica y las otras democracias liberales se construyeron sobre el "terreno bajo pero firme" del racionalismo de la Luces. En los cielos que dominan estos felices valles tiene lugar una gran guerra entre el **noús** griego y el **thumós alemán**. Los hedonistas plácidos y poco aficionados a la filosofía que pueblan los valles no lo saben, pero su destino depende del resultado de esta batalla. "Las visiones imponentes de los filósofos alemanes, nos previene Bloom, preparan la tiranía del futuro". Según esta óptica, la democracia sólo puede sobrevivir si un puñado de nosotros - filósofos que percibimos el peligro- es capaz de retomar las visiones de los Griegos.

Creo que, en efecto, hay un Nietzsche -uno de los peores- que acuerda con Bloom y Hegel sobre la importancia de la filosofía para la historia y en particular sobre su propia importancia para la historia. Pero hay otro Nietzsche, el que prefiero, que tiene sentido del humor. Este Nietzsche está de acuerdo con Kierkegaard en pensar que los filósofos que se toman tan en serio son muy graciosos. Es el Nietzsche que escribe ("De la utilidad y de los inconvenientes de la historia para la vida", en **Consideraciones intempestivas**) que "para Hegel, la culminación y la realización del proceso universal coinciden con su propia existencia berlinesca".

Mi Nietzsche, sin embargo, es tan presumido como el de Bloom. Los dos Nietzsche están de acuerdo entre sí y con Bloom en reconocer que "un gigante llama a otro a través de los intervalos desérticos de los siglos y, sin tener en cuidado con los enanos ruidosos y revoltosos que bullen a sus pies, perpetúan así el diálogo elevado de los espíritus (*ibid.*). Pero mi Nietzsche no piensa que el destino de estos enanos dependa de los efectos que sobre

ellos puedan tener algunas migajas que hubieran podido sustraer de ese "diálogo elevado". Piensa que su destino depende tanto del azar como la suerte de Atenas en sus disputas con los Persas y con Esparta. Piensa que el tipo de historia poco filosófica que escribía Tucídides - el tipo de historia que no va a buscar por detrás del azar en pos de una *Seinsverständnis* significativa desde el punto de vista de la historia universal- es todavía el tipo de historia útil para los sucesos políticos modernos.

Este Nietzsche me parece menos víctima de una deformación profesional que el Nietzsche de Bloom. Pues en él, se unen el sentimiento de su propia unicidad y la lúgubre estimación de su contingencia ciega. Este Nietzsche cree que los norteamericanos, los franceses y los rusos igual hubieran hecho la revolución aunque Locke, Rousseau o Marx jamás hubiesen escrito una línea. Estas revoluciones no habrían tenido causas ni consecuencias muy diferentes de aquellas que tuvieron las revoluciones que efectivamente se produjeron. Mi Nietzsche se hubiese sorprendido de enterarse por Bloom de que "la inverosimilitud y la decrepitud teóricas están, como todos sabemos, en el corazón de la enfermedad de la Unión Soviética". Pues él habría pensado que el encadenamiento de sucesos aleatorios que permitieron a lo largo de treinta años un tirano loco fuera dueño de Kremlin tenía mucho que ver con esta enfermedad.

El Nietzsche que prefiero hubiese admitido, con Platón, que el poder de dirigir a los Estados está para quien quiere tomarlo y que pueden suceder cosas muy curiosas e improbables: un buen día, por ejemplo, filósofos podrían convertirse en reyes. Pero para el Nietzsche de Bloom, los filósofos ya son reyes en un sentido. Pues ellos son quienes determinan, sin que lo sepamos, el destino político de las naciones. El Nietzsche de Bloom se engaña, a los ojos de este último, en la mayoría de las cuestiones en las que se separa de Platón, pero tiene, al menos, un mérito: sabe sobre la historia moderna mucho más de lo que habría podido saber Platón de ella, y sabe que en uno u otro momento, entre el tiempo de Platón y el nuestro, el azar ha perdido poder sobre el sentido de la historia en beneficio de la Filosofía.

Me parece revelador que el Nietzsche de Bloom se parezca más al Nietzsche de sus principales blancos que al mío. Estos blancos son los miembros de lo que se llama "la izquierda nietzscheanizada": los profesores americanos de izquierda, de quienes Irving Howe ha observado sarcásticamente que quieren apoderarse no del gobierno, sino del Departamento de Inglés. Esta gente es víctima de una deformación profesional tal, que creen, con Paul de Man, que podemos "abordar los problemas de la ideología y, por extensión, los problemas de la política sólo sobre la base de un análisis lingüístico y crítico".

Como Bloom, esta gente piensa que allí donde hay acción hay filosofía. Creen que, ahora que Nietzsche, Heidegger y Derrida han echado luz sobre la naturaleza y los poderes del lenguaje, estamos por fin en condiciones de entender la historia. Como dijo J.Hillis Miller, uno de los discípulos americanos de Jacques Derrida: "El lenguaje promete, pero jamás promete más que sí mismo. Y es una promesa que nunca puede cumplir. Es este rasgo del lenguaje, una necesidad que escapa al control de todo usuario del lenguaje, lo que hace que las cosas ocurran tal como ocurren en el mundo material de la historia".

Ahora que hemos encontrado, finalmente, las lejanas causas eficientes de la historia, podemos encarar una utopía postmoderna. Miller "aun se atrevería a prometer que el *millenium* (de paz universal y de justicia entre los hombres) llegaría si todos los hombres y todas las mujeres fueran buenos lectores en el sentido de Paul de Man".

Miller, tal como lo entiendo, está más en las antípodas de Bloom. Los dos toman la filosofía demasiado en serio y los dos ven en la política y a la historia moderna contemporáneas un enfrentamiento entre Nietzsche y Platón. La única diferencia estriba en quién desean ver

triunfar. Los dos creen tan poco en el azar como los marxistas de antaño, para quienes los poderosos métodos del materialismo dialéctico podían aclarar el significado interno de cualquier coyuntura política concebible. Los dos hacen alarde de un considerable desprecio por la situación del vulgo, de esa gente que cree que la adopción de puntos de vista sobre temas tales como la naturaleza de la razón y del lenguaje en muy poco afectaría el hecho de que nuestros descendientes vayan a ser libres o esclavos.

Si Bloom y Miller se ubican en dos campos opuestos, es porque Bloom piensa que "Nietzsche era un relativista cultural y quería lo que eso quiere decir: guerra, gran crueldad, antes que gran compasión". Bloom explica, con razón, que "la izquierda nietzscheanizada" -que llamo, por mi parte, "la izquierda cultural"- se comporta como si la pretensión que Nietzsche tenía de mostrarse duro, cruel y despiadado sólo fuera un pueril arrebató de alguien que, en el fondo, esperaba impacientemente el *millenium* de paz universal y de justicia entre los hombres. El Nietzsche de Miller sólo no tiene piedad con los logocentristas, del mismo modo que Lenin solamente fue implacable con "los contrarrevolucionarios objetivos". En su manera de tratar al prójimo, los dos eran los mejores hombres del mundo. Bloom lo dice bellamente cuando afirma: "Así Nietzsche entró en América. La autenticidad de su conversión a la izquierda fue bien aceptada aquí, porque los norteamericanos no creen que una persona verdaderamente inteligente y buena no comparta, en el fondo de sí, la *Weltanschauung* de Will Rogers: "Jamás encontré un hombre al que en absoluto amase."

Mi Nietzsche nunca me resolvió la cuestión de saber si sus ideas antiplatónicas sobre temas tales como la razón, el lenguaje, la naturaleza humana y el origen de la moral lo obligaban a ser cruel. Aquellos que habían inventado y repetido la fábula del "mundo verdadero" (Platón, los cristianos, Kant, etc.) habían afirmado con fuerza que sólo el recuerdo de un mundo semejante o la creencia en él podía impedirnos el transformarnos en verdaderos puercos. Mi Nietzsche tuvo muchas veces la sensación de que debía de haber algo de verdad en esta afirmación y a menudo se sintió obligado a multiplicar los gruñidos y las muecas. Quería mostrar que su antiplatonismo era serio y sincero, que tenía el deseo de reemplazar su metafísica por sus músculos. Pero en otros momentos recordaba que la idea platónica de una íntima ligazón entre la epistemología, la metafísica y la ética era sencillamente absurda. En esos momentos su actitud se parecía mucho a la de Will Rogers: "Vamos pues!", nos imaginamos en labios de este Nietzsche. Nosotros que estamos, por aquí, más allá del bien y del mal, no vamos a hacer la guerra a cualquiera; estamos muy ocupados en olvidar activamente, en llegar a ser lo que somos, etc. Si la crueldad os preocupa, tened entonces en la mira a esos hombres del resentimiento que hacen el papel de diligentes."

Pragmatista pacífico, evidentemente prefiero mi Nietzsche cuando estaba en sus últimas disposiciones y aplaudí su sugerencia de una ética que pudiera liberarse de la metafísica y de la epistemología. Pragmatista patriota, quisiera que mi Nietzsche formara equipo con los norteamericanos de alma: Emerson, James, Dewey. Mi Nietzsche ya comparte con sus proyectados compañeros de equipo una teoría pragmática de la verdad, así como un desprecio cordial por la psicología moral primitiva de Platón y por los límites de su imaginación política. No veo, pues, por qué ya no podría él admitir con ellos que sois libres de permanecer fieles al amor cristiano, si el corazón os lo dice, incluso después de haber matado al Dios de los cristianos. Mi Nietzsche podría, al fin de cuentas, acercarse a lo que Bloom llama, no sin repugnancia, "esa manera típicamente norteamericana de digerir la desesperación continental: el nihilismo con final feliz".

Emerson, James, Dewey hubiesen convenido con mi Nietzsche en que "la democracia es el cristianismo adecuado a la naturaleza", pero ellos habrían recomendado vivamente que esta naturalización se liberara de la maldición del amor cristiano. Este amor puede dejar de ser

reactivo e impregnado de resentimiento tan pronto como deje de reivindicar supuestos teólogos o metafísicos, desde el día en que deje de reivindicar sus lazos con una fuerza extrahumana. Desde esta perspectiva, que el mundo verdadero se haya vuelto una fábula, no significa que demos rienda suelta a nuestros instintos de matar. Pensemos, tal vez, que teníamos instintos de matar porque los sacerdotes ascéticos no paraban de repetírnoslo. Tal vez el relativismo cultural no es, en suma, sinónimo de "guerra, gran crueldad, antes que gran compasión". Tal vez un sostenedor del relativismo cultural puede sostener justamente este tipo de discurso: "Resulta que, lo sé, nací en una democracia clemente, tolerante y despreocupada y que detrás de la cultura de esta democracia no se esconde nada salvo algunos hechos históricos aleatorios. Pero está muy bien así. Me gusta. En verdad, es lo que yo quiero".

Alguien que tuviera este discurso no es, según Bloom, un "filósofo serio". Son serios los filósofos que tienen un sentimiento convenientemente trágico de la vida: aquellos que quieren saber, a cualquier precio, si viven siguiendo a la razón, auténticamente, de acuerdo con la naturaleza, con la voluntad de poder, con la voluntad de Dios o, más aun, con cualquier otra cosa importante y absoluta que trasciende al hombre.

A los ojos de Bloom, desde que los hombres dejaron de plantear, a cualquier precio, esta cuestión, ya no valen gran cosa. Para él, benévola tolerancia es signo de mediocridad. Como él dice, "los tiempos en los que católicos y protestantes sentían mutua desconfianza y se odiaban no fueron, necesariamente, los mejores de Norteamérica, pero al menos ellos tomaban en serio sus creencias". Cuando Rawls da a entender que nuestra teoría de la justicia no tiene fundamento más importante ni menos relativo, desde un punto de vista cultural, que nuestras tradiciones locales de tolerancia religiosa y de rechazo de la esclavitud, Bloom saca de ello la conclusión de que no merece el apelativo de "filósofo": no es más que un "intelectual".

Mi Nietzsche también no es más que un "intelectual", como diría Bloom. Pues él se siente a gusto en "la época de las concepciones del mundo", según la expresión de Heidegger. El ve en la filosofía kuhneana de la ciencia y en la filosofía deweyana del arte la realización de su propia ambición: "intentar examinar la ciencia según la óptica del artista, pero el arte según la de la vida" (**El nacimiento de la tragedia**). El se regocija de que en todos estos últimos tiempos sus semejantes intelectuales hayan dejado de lado el "optimismo teórico" de Sócrates, "la creencia que es la suya en la posibilidad de penetrarla naturaleza de las cosas" (**El nacimiento de la tragedia**), y, por el mismo motivo, la idea misma de una "naturaleza de las cosas", la idea misma de algo grande, que supera al hombre, a la que poder engancharse, la idea misma de una solución de recambio a lo que Bloom llama "el relativismo cultural", la posibilidad misma de lo que Heidegger llama "Pensamiento". Los tópicos de un manual de Filosofía sólo son, para ésta época y para mi Nietzsche, simples materias primas facultativas para proyectos facultativos de autocreación. Es una época en la cual, como lo dice Bloom con un tono indignado, "no es necesario haber leído una sola línea de filosofía para pasar por un hombre culto", época en la que la filosofía no es más que una forma de arte entre otras, que se adecua a los talentos de algunos pero no de otros. Es una época que considera que con el proyecto de autocreación de cada uno ocurre lo mismo que con el poder político: está para quien quiere tomarlo y a merced de las imprevisibles contingencias de la herencia y del medio ambiente. Esta época satisface a mi Nietzsche, el perspectivista pragmático, no el metafísico de la voluntad de poder ni el profeta de guerras crueles.

La idea misma de una época semejante repugna tanto a Bloom como a Heidegger y a de Man. Su hostilidad hacia la burguesía no es menos implacable que aquella de la izquierda cultural que él desprecia, y siente un desprecio similar por la Norteamérica contemporánea. Como ellos, no podría tolerar una concepción de la política y de la historia política en la cual la filosofía no fuera de interés, ni la idea de que una democracia burguesa experimental, despreocupada,

sin principios ni heroísmo podría ser, pensándolo bien, el mejor régimen político. Le horroriza la idea de que el azar, más que la filosofía, pudiera determinar nuestro destino, y de que no hubiera que censurar a filósofo alguno si un día nos encontramos esclavos de un inmoral Estado orwelliano.

Hay un Nietzsche que, sin duda, hubiera compartido los sentimientos de Bloom. Es el Nietzsche que compartía con Heidegger el orgullo de pertenecer a un círculo de pensadores muy cerrado: ser uno de esos raros espíritus que abren senderos vírgenes, que pueden hablar, allende los siglos lúgubres, con los poderosos griegos, ser de esos hombres cuya sola existencia basta para justificar a su época. Pero es también un Nietzsche que no se preocupaba por destronar los antiguos ídolos ni por debatir temas griegos, ni por tener un relato para contar sobre la historia universal. Es el Nietzsche que Emerson llevaba en su mochila: Emerson que huía tratando de olvidar activamente la filosofía, el hombre que preguntaba "por qué ir a tientas entre los huesos consumidos del pasado, o por qué tomar de su marchito guardarropa aquello con qué disfrazar a la actual generación? (**Natures, Addresses and Lectures**). Sin duda a este Nietzsche le habría gustado el proyecto norteamericano: inventar una sociedad que tratara equitativamente al último de los hombres y al apasionado, al presumido y al creador de sí, una sociedad en la cual nadie tiene permiso para hacer daño al prójimo.*

Traducido por Walter O. Kohan - Claudia A. Oxman

- **Richard Rorty** es filósofo y profesor en la Universidad de Virginia (EE.UU.). Es el máximo portavoz de la tendencia "pragmática". Autor de **Ironía, contingencia y solidaridad**, **El hombre especular** y de **La filosofía y el espejo de la naturaleza**.

Este artículo fue publicado en Magazine Litteraire, n.298, abril de 1992.

